133

Costa Rica Ilustrada.

REVISTA DE CIENCIAS, ARTES Y LITERATURA.
DIRECTOR Y REDACTOR, —CARLOS GAGINI.

ADMINISTRADOR
FRANCISCO CALDERON h.

Precio de Suscripción.	EPOCA 2 ^a	NUM. 30.	Redacción y Admón.
En Costa Rica \$ 1-25. Trimestre adelantado. En el extranjero, 1-50. " " " Nos. sueltos, \$ 0-25. Nos. atrasados, \$ 0-50	San José, 8 de Julio de 1891.		DETRÁS DEL PALACIO EPISCOPAL, ESQUINA OPUESTA Á LA TIP. "EL HERALDO." SE PUBLICA CADA QUINCE DIAS.

AYER Y HOY.

I.

Unas violetas para mí sembraste
y ya que están en flor;
como nos separamos me olvidaste
y otro es el poseedor!

II.

¿Quién diría al mirar nuestros amores
que fueras tan infiel?
¡Que para mí sembraras esas flores
y fueran para él!

Máximo Soto Hall.

SUMARIO.

AYER Y HOY, por Máximo Soto Hall.—EL SARGENTO GERARD, por Carlos Gagini.—EL NIÑO, por Próspero Calderón.—SOMBRA, por X.—RIMAS, por Emilio Pacheco.—HISTORIA DE UN CORAZÓN, por Alberto Rodríguez.—LA SEÑORA DE ROSABLANCA, por Cátulo Méndez.—NOCHES DE TEATRO, por Juvenal.—NOTAS.

El sargento Gérard.

(Conclusión.)

IV.

¿Qué había sido entretanto del intrépido sargento sorprendido por una avanzada prusiana la noche del 22 de Setiembre? Herido, aunque no mortalmente, de un bayonetazo en el pecho, habría sido rematado sin compasión á no haber intervenido un oficial que, admirado de su arrojo, le hizo conducir á las ambulancias.

No bien se halló en estado de soportar las fatigas de un viaje, fué enviado á Alemania con otros prisioneros, donde le señalaban por residencia la ciudad de Francfort.

Allí fué recibiendo sucesivamente Emilio las noticias de la guerra, la heroica defensa de París, las salidas infructuosas, la formación del ejército en las provincias, en una palabra, las mil peripecias que alternativamente animaban ó desalentaban á sus desgraciados compatriotas. Pero entre tantas calamidades, un sentimiento egoísta de muy diversa índole ocupaba casi por completo su corazón: el recuerdo de su amada, de María, que expuesta á los horrores de un sitio encarnizado, no tenía más apoyo que el de un anciano enfermo y sin recursos; de María que sin duda alguna le creía muerto, y á quien acaso no volvería á ver nunca.

¡Con qué profunda emoción escuchaba de sus compañeros de infortunio las aventuras de los globos correos que casi diariamente salían de París! ¡Ay! bien sabía que entre aquellas cartas no había ninguna para él.

En uno de los últimos días de Enero de 1871 conversaba Emilio con otros prisioneros en una esquina de la ciudad, cuando de improviso se oyó un rumor lejano que á poco se convirtió en inmensos clamores. No era posible equivocarse sobre la naturaleza de aquella desusada algazara: los que se oían no eran gritos de dolor ni imprecaciones, sino exclamaciones de extraordinario júbilo. ¿Qué había sucedido para que los flemáticos habitantes de Francfort dieran tales muestras de entusiasmo?

Un grupo de estudiantes que pasó cantando y con una bandera desplegada, puso á Emilio y á sus amigos al corriente de lo que pasaba. Lo que oyeron les heló la sangre en las venas y les dejó mudos de estupor. ¡París había capitulado!

VII.

Emilio Gérard volvió á su patria á fines del mes de Abril. Un remordimiento, sin embargo, le amargaba la alegría del regreso. Al saber en las calles de Francfort la capitulación de París, entre aquellos franceses prisioneros que escuchaban llorando la noticia, él la había acogido casi con júbilo, aunque un momento después se avergonzó del impulso espontáneo de su alma, porque con el egoísmo absoluto de los enamorados sólo había visto en aquel infausto acontecimiento la terminación de su cautiverio y la vuelta al lado de María.

Grande fué su decepción cuando al llegar á Francia supo que se hallaba encendida la guerra civil entre los comunistas, que se habían adueñado de París, y el Gobierno legal refugiado en Versalles. Un decreto de este último le obligó á ingresar en las filas del ejército que á las órdenes de Mac-Mahon debía poner sitio á la capital.

De buena gana hubiera querido Emilio penetrar solo en París para buscar á María, pero la vigilancia ejercida por los federales hacía imposible semejante tentativa. Hubo, pues, de resignarse á aguardar pacientemente la victoria definitiva de los versalleses, la cual no podía tardar, gracias al rigor con que el Mariscal Mac-Mahon estrechaba el cerco.

En efecto, en pocos días cayeron en poder de los sitiadores las fortificaciones exteriores de la ciudad; y por fin, el 21 de Mayo entraba en París por la puerta de Saint Cloud el cuerpo del ejército del General Douai.

Sabidas son las sangrientas peripecias que precedieron al desenlace del drama, los combates homéricos en las barricadas, el encarnizamiento de los vencedores y la horrible venganza de los comunistas que redujeron á cenizas muchos de los principales monumentos de la ciudad.

Por una rara coincidencia, la división á que pertenecía Emilio debía operar por el lado del Observatorio, hacia el cementerio de Montparnasse donde se habían fortificado sólidamente los federales, y pasó por la calle Mechain, hacia cuya mitad estaba la casa del señor Lemarre.

Imposible es describir la emoción con que el sargento desfiló delante de aquellos balcones en los que tantas veces había visto la gentil figura de María, y que ahora cerrados daban á la fachada el aspecto de un rostro sin vida. Uno de los vecinos que se asomaban á las puertas para ver los pantalones encarnizados, le enteró de la misteriosa desaparición del tío Marat y de su hija. La noticia no podía ser más desconsoladora. ¿Cómo encontrar á María en el inmenso dédalo de París?

VIII.

En medio de la calle y apoyada en el cementerio de Montparnasse, se alzaba amenazadora la barricada, sobre cuya cresta resplandecían las bocas de las ametralladoras y los cañones de los fusiles como brillantes escamas de una serpiente gigantesca. El choque fué espantoso: los federales combatían con la energía de la desesperación; los versalleses rabiosos y resueltos á no dar cuartel y pensar que toda aquella sangre era francesa, y que el enemigo común, el invasor detestado se hallaba aún á las puertas de París, contemplando con horror aquella vergonzosa lucha fratricida!

Cuando las balas de cañón hubieron abierto brecha suficiente en la barricada, la columna de asalto se lanzó impetuosamente contra ella y la tomó después de una viva resistencia. Entonces comenzó una serie de combates parciales, luchas cuerpo á cuerpo, al arma blanca, á pistoletazos; los versalleses fusilaban inmediatamente á los prisioneros, sin distinción de edad, categoría ni sexo (pues había también mujeres entre los insurrectos.)

Emilio Gérard, arrastrado por el oleaje de los combatientes, vió de pronto al través del humo de la pólvora y á pocos pasos de distancia una escena singular. El Capitán de su compañía, un joven rubio y de elevada estatura, acababa de matar de una estocada á un federal que le acosaba á bayonetazos; pero en aquel instante una mujer desgreñada y cubierta de harapos le disparó á boca de ja-

rrero un tiro de revólver, y se preparaba á hacer fuego nuevamente sobre el oficial herido, cuando Emilio se puso de un salto al lado de su jefe y levantó el fusil para aplastarla. Pero en el momento en que la mujer furiosa se revolvía contra él dispuesta á hacer fuego, ambos se quedaron petrificados, lanzando á la vez un grito de horror. ¡Aquella mujer desgreñada y harapienta era María! Entonces comprendió Emilio todo lo que había pasado: el comunista muerto por el oficial y que yacía ensangrentado á sus pies, no era otro que el señor Lemarre. La hija acababa de vengar al padre.

¡Mátala, mátala! gritó el jefe herido y próximo á caer, dirigiéndose al sargento: éste por toda contestación arrojó el fusil y se precipitó en los brazos de su amada, con grande estupefacción de los soldados que habían acudido al socorro del oficial.

¡Fusiladla! ordenó éste á sus subalternos.

—¡Perdón para ella! exclamó Emilio Gérard con voz entrecortada por los sollozos: ¡es mi prometida! perdonadla, Capitán! Pero ya el oficial rubio no escuchaba: había caído sin vida en brazos de sus compañeros. Los versalleses se lanzaron furiosos sobre María para ejecutar la sentencia; más el sargento corrió como un león á salvarla. Rechazado violentamente por sus camaradas, perdida ya toda esperanza y oyendo las conmovedoras palabras con que su amada se despedía de él, una inspiración súbita cruzó por la mente del desgraciado sargento, y poniéndose al lado de la joven dijo á los soldados.

¡Deteneos! yo también soy comunista! fusiladnos juntos!

María quiso protestar, pero Emilio le pasó el brazo izquierdo por el cuello, tapándole la boca, mientras que arrancándose con la mano derecha las insignias de sargento, gritaba con toda la fuerza de sus pulmones:

¡Viva la Commune! abajo ese bandido de Mr. Thiers!

Los versalleses se echaron rápidamente el fusil á la cara, y dos segundos después el estruendo de las descargas apagó el rumor del beso en que se fundieron aquellas dos almas enamoradas al volar á las misteriosas regiones de la eternidad.

El niño.

(De Guy Maupasant).

(Para "Costa Rica Ilustrada").

DESPUÉS de haber jurado durante mucho tiempo que no se casaría jamás, Jacobo Bourdellère había cambiado repentinamente de modo de pensar. Este cambio se verificó un verano, en los baños de mar.

Una mañana, como estuviera distraído, absorto, contemplando á las mujeres que salían del agua, un pié pequeño le había llamado la atención por su gracia y donosura.

Jacobo levantó la mirada y entonces toda la figura corporal de la dueña del diminuto pié lo sedujo por completo. Su graciosa cabeza de cabellos de ángel salía de un paño de franela blanca, abrochado con cierta picaresca malicia.

Presentado después á la familia, muy presto se encontró loco de amor. Cuando percibía de lejos á Berta Lannis, que tal era el nombre de la beldad, en la ancha playa de amarilla arena, temblaba, y se le erizaba el

cabello. Cerca de ella se volvía mudo, incapaz de dirigirla una palabra, mucho menos de comunicarla sus ardientes pensamientos; era presa de palpitaciones de corazón; los oídos le zumbaban terriblemente y sus ideas se confundían. Era esto un verdadero amor?

Él no lo sabía, no podía explicarlo, pero en todo caso estaba decidido á hacer á aquella niña su esposa.

El joven gozaba de mala reputación, motivo por el cual los padres de Berta dudaron algun tiempo para darle la mano de su hija.

Se decía que Jacobo tenía relaciones antiguas é ilícitas con una mujer joven y bella; que existía entre ellos un fuerte lazo, una de esas cadenas que se creen á veces rotas pero cuyos anillos están siempre soldados.

Además, durante algunos períodos más ó menos largos, se impresionaba de las mujeres que podía atraer á sus labios.

Tomó entonces el partido de separarse de la mujer con quien había vivido largo tiempo; un amigo arreglaba la pensión y le aseguró la existencia.

Jacobo pagaba pero no quería ni oír hablar de ella, pretendiendo en lo sucesivo hasta ignorar su nombre. La mujer le escribía cartas que él no las abría. Cada semana reconocía la letra incorrecta de la abandonada, y cada semana una cólera suya se despertaba más contra ella, bruscamente despedazaba el sobre y el papel y los arrojaba al suelo sin haber leído una línea, una sola línea, sabiendo de antemano las quejas y reproches contenidos dentro.

Como los padres de Berta no dieran crédito á la nueva conducta de Jacobo, le sometieron á prueba durante el traseurso del invierno, accediendo, ya convencidos, hasta en la primavera, en que estuvieron de acuerdo en darle la mano de la niña.

El enlace matrimonial tuvo lugar en París, en uno de los primeros días de Mayo.

Se acordó que los jóvenes esposos no hicieran el tan vulgar viaje de novios, y que después de un pequeño baile, entre los parientes y amigos más cercanos, que se prolongaría hasta las once, á fin de no eternizar las fatigas de ese largo día de ceremonias, los novios deberían pasar la primera noche conyugal en casa de la familia: partirían solos al día siguiente por la mañana á la playa tan querida á sus corazones, en donde se habían conocido y amado.

La noche tendía sus oscuras alas; se bailaba en el gran salón.

Los dos enamorados, para dar expansión á sus ardientes corazones se habían retirado á un *boudoir* japonés, adornado con sedas resplandecientes, apenas iluminado, esa noche, por los débiles rayos de una gran linterna de color, suspendida en el cielo raso, semejando un enorme huevo.

La noche llena de perfumes de primavera estaba tibia y en calma.

Una ventana entreabierta dejaba penetrar de cuando en cuando brisas suaves, caricias de aire que rozaban sus rostros deliciosamente.

No se decían nada; el amor es tímido á veces. De cuando en cuando se estrechaban las manos fuertemente; con esto se contentaban.

Ella permanecía con mirada vaga; inquieta por ese gran cambio de su vida, pero sonriente, confusa, dispuesta á llorar, con frecuencia también á desfallecer de contento. Creía igualmente que el mundo con ella había cambiado.

Estaba inquieta sin saber por qué y sentía todo su cuerpo, toda su alma, su sér, en fin, impregnado de un indefinible y delicioso desfallecimiento.

Él la miraba obstinadamente y sonreía con una sonrisa fija. Quería hablarla y sus palabras se ahogaban al salir. De cuando en cuando murmuraba: "Berta!" y cada vez alzaba ella los ojos y le miraba con una mirada llena de dulcísima ternura; sus ojos se encontraban un segundo, entonces la mirada de ella fascinaba la mirada de su esposo y se estremecían.

Estaban solos, pero á veces una pareja de danzantes se acercaba á ellos mirándolos furtivamente, como queriendo ser testigos discretos y confidentes de un misterio.

Una puerta se abrió instantáneamente, un criado entra llevando sobre una bandeja una carta que un comisionado acababa de traer. Jacobo toma aquel papel, temblando y lleno de vago terror, el terror misterioso de inesperadas desgracias.

Mira largo tiempo el sobre, cuya escritura no conoce, se resiste á abrirla, no quiere leerla, no desea saber nada; tiene gana más bien de meterla en el bolsillo y decirse: "Hasta mañana. . . mañana estaré lejos de aquí, poco me importa!". Pero en una esquina del sobre, dos palabras con caracteres grandes: MUY URGENTE, lo detienen y horrorizan. Él pregunta á Berta: *me permite usted amiga mía?* Rompe la cubierta lacrada y lee. Lee y palidece horriblemente; recorre el papel de un golpe y se queda estático, absorto. . . . Cuando levanta la cabeza se ve su faz demudada. "Mi querida Berta", dice "es. . . . es de mi mejor amigo, á quien sorprende una grande, una inmensa desgracia. Tiene necesidad de mi presencia inmediatamente, ahora mismo. . . para un asunto de vida ó muerte. ¿Me permite usted ausentarme por veinte minutos? Vuelvo en seguida".

Berta, temblante y azorada murmura: "Vaya usted, amigo mío, no siendo todavía suficientemente su esposa para pretender interrogarlo, para exigir me diga lo que pasa. Jacobo desapareció. La pobre niña quedó sola, oyendo bailar en el salón vecino.

Él había tomado un sombrero, el primero que encontró, un sobretodo cualquiera, y descendido la escalera á grandes pasos. Al sultar á la calle se detuvo debajo de un mechero de gas que estaba suspendido en el vestíbulo y leyó de nuevo al carta.

He aquí su contenido:

"Señor:

"Una muchacha Rabet, vuestra antigua mujer, acaba de dar á luz un niño que ella dice es vuestro. La madre va á morir é implora una visita. Me tomo la libertad de escribiros y preguntaros si podéis conceder esa última entrevista á esta mujer que parece ser muy desgraciada y digna de piedad.

Vuestro servidor,

DR. BONNARD".

Cuando Jacobo penetró en la habitación de la enferma, ésta agonizaba ya. No la reconoció por el momento.

El médico y dos enfermeras la asistían. Rodando por tierra se veían cubos llenos de hielo y ropas ensangrentadas. El agua regada inundaba el pavimento; dos velas ardían sobre un mueble; detrás la cama en donde yacía la moribunda; en una pequeña cuna de mimbres el niño lloraba, y, á cada uno de sus gritos, la pobre madre, torturada se estremecía y temblaba de frío debajo de las heladas compresas.

Este inesperado alumbramiento la hacía perder su sangre y por consiguiente su exis-

tencia. Á pesar del hielo, á pesar de los solícitos cuidados, su vida se iba; la invencible hemorragia continuaba y precipitaba su última hora.

Pobre mujer! Reconoció á Jacobo, quiso levantar sus brazos y le faltaron fuerzas, tal era la debilidad de ellos; sobre sus mejillas lívidas las lágrimas empezaron á correr á torrentes.

Él, abatido, de rodillas junto á la cama, la estrechaba y besaba con ardor un mano que estaba colgando; después, poco á poco se aproximaba, de cerca, muy de cerca del desarmado rostro, que á su contacto se estremecía. Una de las enfermeras, delante, con una vela en la mano, les alumbraba. El médico se había retirado y contemplaba aquel tristísimo cuadro desde el fondo del cuarto.

Rabet, con voz extensa y anhelante murmuró: "Yo voy á morir, mi querido amigo; prométeme quedarte á mi lado hasta el fin. Oh! no me dejes ahora, no me abandones en el último momento!".

Al concluir de pronunciar estas amargas palabras, Jacobo la besó en la frente, en los cabellos ensangrentados.

"Está tranquila, me quedaré", pronunció él.

Un poco calmada la enferma por las palabras de Jacobo, la dijo: "Trae al niño, que yo vea que tú le amas".

Jacobo se fué, lo trajo y lo puso suavemente en la cama, en medio de ellos, y el chillido cesó de llorar.

Jacobo permaneció en silencio, estrechando entre las suyas una mano temblorosa y helada por el frío de la muerte. Contrastes de la vida!! Hacía pocos instantes que el joven había estrechado otra mano que temblaba y se estremecía al contacto de la vida del amor!

A cada instante, Jacobo miraba con disimulo el reloj y veía que la aguja marcaba media noche, algo más, las doce y media, después la una, después las dos.

El médico se había retirado; las dos asistentes, luego que hubieron rondado algun tiempo á pasos lentos por la alcoba, se habían dormido sobre unas sillas.

El niño dormía y la infeliz madre, con los ojos cerrados, parecía reposar también.

En ese momento, la débil luz del día penetraba por entre las cruzadas cortinas. La mujer tendió los brazos con un movimiento tan brusco que pudo haber hecho rodar por tierra á su hijo.

Un ronquido tristísimo salió de su garganta; después permaneció reclinada sobre el espaldar de la cama; estaba inmóvil, muerta. . .

Las enfermeras declararon que aquella desgraciada había pasado á mejor vida.

Jacobo miró por la última vez á la mujer que tanto había amado. El reloj marcaba las cuatro de la mañana. Salió desesperado, olvidando el abrigo, en traje de boda y con el niño en los brazos.

Después que se hubo separado de ella, su joven esposa había esperado con bastante calma en su pequeño *boudoir* japonés. Más tarde, viendo que no regresaba había entrado en el salón con un aire indiferente y tranquilo, pero en realidad inquieta horriblemente.

Su madre, al verla sola, le había preguntado: "¿donde está tu esposo?". Berta contestó diciendo que estaba en su cuarto, que vendría pronto.

A eso de la una, como todos la fastidiaron con sus preguntas, la pobre niña se imaginaba la malhadada carta y el semblante trasfigurado de su esposo, y temía una desgracia para ella.

Como es natural esperó todavía. Los invitados se habían marchado. Sólo algunos parientes se habían quedado.

A las dos se había acostado la novia agitada y sollozante.

Su madre y dos tías sentadas al rededor de la cama la veían llorar, mudas y desoladas.

El padre había ido á casa del comisario de policía en busca de noticias.

A las cinco, un ruido ligero se oyó en los corredores. Una puerta se abrió y fué cerrada suavemente. Después, en medio del silencio de aquella casa, se escuchó un débil grito semejante á un maullido de gato.

Todas las mujeres, de un salto se pusieron de pié, y Berta, la primera, se lanzó al suelo, á pesar de su madre y de sus tías, en vuelta tan sólo de su camisa de dormir.

Jacobo, de pié, en el centro de la alcoba, lívido y vacilante, tenía un niño en sus brazos.

Las cuatro mujeres lo miraban asombradas; pero Berta, súbitamente atemorizada, con el corazón crispado por la angustia corrió hacia él y le preguntó: "¿Qué hay? decidme, ¿qué hay?"

El jóven, que tenía el aspecto de un loco respondió: "Es..... es..... que tengo un niño y que la madre acaba de morir...."; al propio tiempo que presentaba en sus manos el chico que chillaba.....

Berta, sin replicar una palabra, tomó el niño, lo inundó de besos y lo estrechó contra su pecho; después, mirando á su esposo con los ojos llenos de lágrimas, prorrumpió: decís que la madre ha muerto?"

Jacobo respondió: "Sí, en este momento....., en mis brazos..... yo había roto las relaciones con ella después del verano.... No sabía nada, el médico es quien me ha llamado.....".

Berta murmuró: "Pues bien, nosotros educaremos á este pequeñito".

París, Junio de 1891.

P. CALDERÓN.

Sombras.

Ha poco soñé contigo:
¡Qué noche horrible, qué noche!
—Mucha gente, luego un coche
ví que de un templo al portal
se detuvo, y de él bajaron
dos novios; ella esplendente
mostrando ufana en la frente
una corona nupcial.

Á la iglesia penetraron.
¡Cuánta dama hermosa había!....
El sacerdote vestía
casulla de albo tisú.

Del joven sintiendo envidia,
clavé en ella la mirada.
¡Dios mío, la desposada....
la desposada eras tú!

Te ví, y huyó mi conciencia,
que á un tiempo sentí en el pecho,
celos, piedad y despecho.
¿Qué fué de mí? No lo sé....
Aun recuerdo que en la angustia
quise gritar ¡vano empeño!....

En ese instante del sueño
llorando me desperté.

Aun despierto fiero duda
mi corazón embargaba,
mas ya apacible brillaba
en mis ventanas el sol.

Al punto corrí á buscarte,
¡oh mi luz, mi amor, mi dueño!
y al verte, de su hondo sueño
despertó mi corazón!

X ***

San José.—1891.

Rimas.

I.

Me cuentas, niña del alma,
que vistes entredormida,
que yo exánime y sin vida
te daba mi último adiós;
y á fe que no te engañaste:
tu sueño horrible es muy cierto,
pues, cómo vivir, si muerto
me tienes ya el corazón?..

II.

Me riñes sin piedad, y en tus enojos
de incrédulo me tratas y de ateo,
y es que ignoras tal vez, que cuando veo
tu faz angelical y oigo tu voz,
al punto cae de hinojos
piadosa mi alma bendiciendo á Dios!

III.

Como dices ¡oh mi amada!
que dudas de mi cariño,
como me tratas de niño,
¡ingrata! sin compasión,
hacia mí ven un instante,
tu sien reclina en mi pecho,
y entonces en llanto deshecho
oirás á mi corazón.

EMILIO PACHECO.

San José.—1891.

Historia de un corazón.

(A mi amigo Francisco Rucavado.)

Como una flor vino al mundo
Y como una flor murió.

DANTE.

(Continúa.)

Pero volvamos al baile. Es que el recuerdo de la bella Italia me hace hablar de este modo.

De mí sé decir que pocas veces en mi vida habré gozado tanto como en aquel cumpleaños, y que ese recuerdo lo conservaré cariñosamente en mi memoria mientras viva. Sólo Julia estaba triste, con esa tristeza que inspira el temor de unos celos, aunque sean infundados. Yo comprendí en el acto que á ella le habían caído, como lluvia de plomo en el corazón, las palabras que yo dije de una linda vecina mía que se paseaba coquetamente del brazo de un caballero, extendiendo de vez en cuando, cual la cola de un pavo real, su abanico de finísimas plumas rosadas y azul ultramarino.

Y las palabras que dije no podían ser más sencillas:

Luce morena la sal que se cría
En los jardines de la Andalucía;

pero Julia se puso celosa, frenética, implacable, como toda mujer que siente la cosquilla del amor en el corazón. Sabe Dios cuánto me costó disiparle esos temores, esos celos ahogadores y quemantes, que cual la pálida y rastrea envidia le estaban retorciendo el corazón.

No, Julia, le repetía á cada instante, acuérdate Ud. del poeta que dijo:

Celosa tú, mi bien?... Tu amiga es bella,
El lujo la hermosea y la engalana,
Su pupila es de fúlgida centella;
¡Pero la luz que un fósforo destella
causa celos al sol de la mañana?

Julia me volvió á ver entonces con unos ojos dulces é indefinidos, que yo le contesté con una lijera sonrisa y seguimos como antes, alegres y satisfechos, bogando nuestras almas en pleno océano del ensueño.

Luego la invité que pasáramos á uno de los corredores, como en busca de más expansión, y nada más oportuno que aquel lugar para que mi pasión estallara, "cual mar movido en su profundo lecho."

—Julia, la dije—ya que estamos solos y que nadie nos oye, quiero hacer á Ud. la revelación de un pensamiento, que con mágico fulgor se ha anidado cariñosamente en mi memoria y presentarle la imagen de una mujer que por mucho tiempo he llevado gravada en lo más íntimo de mi corazón....

Julia al oír estas palabras se estremeció, me dirigió una mirada intensa y pura, en la cual leí todo un poema de amor, y en seguida empezó á jugar, como haciéndose la distraída, con los bucles de su rica cabellera de ébano.

—Pues bien, Julia—continúe abrasado ya por el fuego de la pasión,—yo no puedo vivir así, Ud. lo sabe; yo la veo á Ud. á todas horas, la sigo á todas partes, la llamo en mi congoja, porque es mi sola dicha, mi único pensamiento! Yo no vivo en mí, sino en Ud. que me ha absorbido completamente. Ud. lleva dos almas, tiene dos alientos. Sí, Julia, luz ó sombras, día tropical ó noche tenebrosa, la vida ó la muerte; quiero que me lleve al palacio de los mágicos ensueños, ó me arroje al recinto donde moran las divinidades infernales; que me deje en mi hogar tranquilo al dulce calor de mi familia, ó solo en el mundo, junto al sepulcro, escuchando el llamamiento lúgubre y tremendo de la eternidad!....

Julia no halló que hacer con esta catarata hirviente de mi pecho, y cual otra Desdémona que el menor de sus propios movimientos la ruborizaba, se plegó como la flor de la tarde y á su semblante asomó súbita, encarnada rosa.

En su congoja parecía suplicarle al cielo que la sacara de la situación en que yo la había colocado; pero ese cambio que experimentó no era de asombro ni de temor al verse amada por un hombre—porque bien lo sabía—sino de satisfacción y de orgullo al ver que había conseguido un triunfo sobre mí que siempre había permanecido impasible ante los atractivos de las mujeres.

Luego bajó la vista y una sonrisa apenas perceptible se dibujó en sus labios.

—Sufre, Julia? ladije con acento que revelaba profunda conmoción, ¿Tan desagradable es para Ud. mi presencia?

Pero ella fría, inmóvil como la estatua, no me contestó una palabra. Parecía embebecida en no sé qué amoroso y oculto pensamiento y de su pecho no oí más que un suspiro....

Mientras tanto el baile, la música, las palabras ardientes, el crujir de la seda y el su-rah, la orgía de perfumes y de luz, seguían allá en el salón con más calor que antes, con más loca algazara.

—Un vals, un vals, decían unos; ¡viva el buen humor! decían otros. Parecía aquello un baile de las Willis.

Y yo solo, pensativo, absorto en ella, oía todo y callaba.

El sol próximo á despedirse, tenía el cielo de púrpura y oro, y la noche con su tristeza infinita nos hacía los primeros saludos, mientras más tarde asomaba su cara risueña la luna despidiendo tibia luz de plata.

—Por fin, Julia, qué tiene? la interrogué ansioso, con gran inquietud. ¿Qué me contesta, por Dios?

—Qué le contesto?—me dijo entonces sumamente agitada,—¿qué quiere que le diga cuando Ud. muy bien lo sabe?....

—Pero qué sé yo, Julia? Yo nada sé, le respondí aturdido, loco, viendo florecer el árbol de mi esperanza.

—Demasiado lo sabe que sí.... y sin embargo me lo pregunta!....

Y su cabeza adorable, se inclinó lángui-

damente como al peso de una reflexión profunda, ó como ocultando los primeros arreboles del pudor.

Infinita tristeza ó alegría inefable, algo extraño sentí en mi corazón con esas palabras. Ví que el ángel de la inocencia había plegado las alas para no volar más y que su corazón había sido herido por la terrible flecha del niño ceguezuelo y maligno. Ya no era el botón, sino la rosa. Ya no era el cielo sin nubes, puro como mármol de Paros, sino la alondra triste que entona el himno de la mañana y acecha el nido del turpial.

—Julia, es Ud. un ángel y yo un necio,— fué lo único que le contesté, y le estreché contra mi pecho, su blanca, tibia y perfumada mano.

En estos dulcísimos coloquios estaban nuestros corazones, en esta espiritual comunión nuestras almas, cuando nos sorprendió una de las señoritas más alegres y fogosas que hay en San José, capaz de plantarle una fresa al lucero del alba.

—Por qué no pasan al salón? nos dijo con una sonrisa picaresca. Tan tristes y retirados que están. . . .

La luna, cual lámpara de alabastro, se mecía en el firmamento y nos bañaba de frente con su luz argentada y apacible.

—Como está la luna tan clara y la noche tan fresca,—le contesté yo—por eso estamos aquí.

—Entonces hacen bien,—dijo ella,—no quiero interrumpirlos; continúen gozando de las caricias de . . . la noche y de la luna, y en seguida se retiró sonriéndose con aquella sonrisa que solo ella tiene.

Luego, en efecto, pasamos al salón y tomamos parte en unas cuadrillas.

Yo habría deseado que en aquella reunión nunca nos sorprendiera el día, que el universo se quedara á oscuras; pero la felicidad nunca es completa, trae sus espinas y punzan cuando menos se piensa.

En esos momentos se presentó el hermano de Julia y le dijo que ya era hora de retirarse y que se acordara, además, que su mamá había quedado un poco indispueta.

Julia se apenó mucho al acordarse de la indisposición de su madre y momentos después, abandonábamos aquel nido de gracias y de amores, donde habíamos gozado dichas sin fin, los primeros y últimos deliquios de celestial amor.

De camino le decía que nunca,—aunque viviera cien años, nunca se me olvidaría aquella noche venturosa. Ella por su parte me ofreció lo mismo, jurándome que su amor viviría mientras tuviera corazón para sentir.

Ah! qué noche, qué baile, qué luz, qué perfumes, qué ramillete de flores frescas y primaverales había allí! Jóvenes, amad! que así es menos triste la vida! Capullos en flor, bailad, que así es como saludan los ángeles á Dios.

Ya en la puerta de su casa, á la hora de la despedida, sentí algo extraño en todo mi sér, mezcla confusa de fuego y hielo, como si aquella despedida fuera la última que le daba. Y es que tanta dicha es imposible que se anide en un corazón joven, empezando á vivir. El corazón avisa muchas veces cuando á uno le va á suceder algo.

—Cuándo vuelve? me dijo ella, como ocultándose tras de la puerta.

—No sé cuando—le contesté con el corazón oprimido.—Como tengo que hacer tanto ahora. . . .

—Pero un ratito de noche!

—Talvez. . . .

—Lo aguardo el domingo?

—Veremos —le dije,—y salí repitiéndole el saludo.

Pasaron los días y en vano Julia me esperó toda la vida. Yo no volví nunca á su casa.—¿Porqué? ¿Qué motivos tenía para retirarme de su lado? Qué barrera insuperable se oponía entre los dos?

—Ah! es triste y sencillo el motivo. Mi corazón me lo avisó. Nada hay completo en la vida; tras el día viene la noche, como jugando á las escondidas. El placer viene siempre del dolor acompañado.

Una tarde paseando con un amigo en el Parque Central, recibí una carta en la cual me decían que los padres de Julia contrariaban sus inclinaciones, amenazándola con arrojarla de la casa si fomentaba una pasión que no convenía de ninguna manera y haciéndome aparecer ante los ojos de ella como un hombre audaz y perverso, que quería reirme únicamente de su inocencia, sin tener la menor intención formal ni abrigar en mi corazón ningún sentimiento de cariño; y que además, en el Teatro, había estado Julia contenta y expansiva, contestando con la mayor coquetería del mundo á los galanteos y requiebros de varios jóvenes que la rodeaban, pero que sobre todo se distinguía con uno que le prodigaba muchas finezas y subía en todos los entreactos á ponerse á su disposición.

Luego que concluí de leer la carta, busqué la firma y oh cielos!, era la de un amigo á quien yo quería mucho.

Ah! yo sentí en mi corazón el frío de la hoja aguda de un puñal y ví que el horizonte de mi dicha se había oscurecido; y aunque no diera crédito á esa carta, siempre me inclinaba á creer algo, porque era de un amigo y esto sembraba en mi alma la duda y el malestar.

—Si será cierto, Dios mío—me preguntaba á cada instante.

—No puede ser—decía otras veces.

Francisco comprendió en el acto que aquella carta debía tener algo bueno ó terrible para mí, y con cierto disimulo, sin mostrar ningún interés, me preguntó por la causa de aquella palidez.

Yo le enseñé entonces, por única contestación, aquella carta maldita que empezaba á deshojar tan temprano el árbol de mi corazón.

Entonces mi amigo Rucavado, joven en quien concurren excelentes cualidades, me hizo algunas reflexiones sobre el particular, diciéndome que eso era envidia ó despecho y que todo el que se valía de estos medios, pudiendo hacerlo personalmente como buen amigo, no era para él una persona decente; y que en caso de que fuera cierto no debía extrañarme nada porque en todos los amores intercedía un tercero, asomaba su rostro siniestro y feo Galeoto, el mundo cruel y miserable que se complace muchas veces en torturar y separar almas jóvenes nacidas sólo para el bien y para amarse.

Yo oí con gusto las palabras de mi amigo porque además de ser convincentes, venían marcadas con el sello de la sinceridad.

Yo también he sufrido, me dijo—y si me prestas atención te contaré la historia de mi primer amor, la historia de la única mujer que yo he querido.

—Sí, cuéntamela, le respondí lleno de curiosidad, pero sin dejar un detalle ni una coma, de la primera sonrisa hasta el último adiós!

Nos sentamos en una de las bancas del parque y Francisco dió principio á su historia, historia larga y triste por cierto, y cuando concluyó le dije sumamente extrañado: ¿tan malas son las mujeres? . . . entonces tienes razón de ser así. . . . Y en seguida me acordé del fin trágico que han tenido tantos amantes.

Luego que me dejó solo mi buen amigo, callado y pensativo, sin proferir una palabra, me dirigí á mi cuarto y al tomar la pluma para consignar en mi Diario Intimo la escena de

aquella tarde, una nube sombría pasó ante mis ojos, caí como en una especie de marasmo y ví pasar en adorable tropel á todos los amantes de la antigüedad, á aquellos célebres amantes que hicieron del amor una segunda religión. Pero lo que más me conmovió de todo, lo que me trajo una lágrima á los ojos, fué la triste historia de los amantes de Verona, aquella Julieta y aquel Romeo, tan desgraciados que nunca vieron levantarse ante su vista la dicha en todo su esplendor y solo en la tumba hallaron descanso y felicidad, desenlazando así ese drama de amor y de heroísmo, de lágrimas y sublimidad!

Entonces comprendí que la impotencia embargaba mi alma y que la pluma era incapaz de pintar lo que ella sentía.

Después que me pasó aquella descomposición extraña, me levanté sumamente aperezado de mi escritorio y salí á la puerta á refrescar mi frente con la brisa crepuscular.

¡Qué hermoso panorama ofrecía la tarde al caer! Un velo de topacio se extendía en el cielo. Las auras aromáticas se paseaban amorosamente por las calles, como en busca de un choque con la frente de alguna hermosa. El sol escondía, tras el confin de las montañas, su espléndida cabellera de fuego. Las nubes del oriente tomaban un color opalino y empezaban á descender en forma de espirales. Ya todo declinaba, todo languidecía. La capital parecía arrojarse en una inmensa sábana negra. No hay hora más triste que la del crepúsculo, cuando el ángel de la oración saluda á las almas creyentes y la luz de algunas estrellas comienza á luchar con las brumas de la noche. Como que hay cierta analogía con el último suspiro de un moribundo. . . .!

—Tarde apacible y pura, llena de encantos inefables,—no vuelvas nunca á mi memoria,—exclamé con gran desconsuelo en el alma y me oculté tras de la puerta.

Me acosté triste, rendido de tanto luchar y otro día me levanté con la aurora, y experimenté algo como un presentimiento de pesares que debía sufrir después. Y cierto, no hay mejor profeta que el corazón.

En la tarde de ese mismo día recibí una esquila perfumada, en cuyo sobre no solo se advertía, por los perfiles de la letra, que estaba escrito por la mano amorosa de una mujer, sino que al otro lado llevaba, como por único sello, una mancha, quizá una lágrima de aquellos ojos de gacela.

Yo tomé aquella esquila con mano trémula, con el corazón violento y la abrí:

—Dos semanas sin verte, ingrato,—me decía. ¿Tienes algo que sentir de mí? Dímelo por Dios, que tu silencio me mata, me tiene siempre sin sosiego. Si he cometido alguna falta contigo, no me la ocultes, que estoy lista á pedirte perdón; pero si no he cometido ninguna, si yo no he hecho nada ¿por qué te retiras de mi lado cuando yo más te quiero, cuando vivo de tí, de tu aliento, de tus ojos, de ese amor que siempre he creído sincero? Si es cierto que todavía me tienes algún cariño, te suplico que pases más tarde, como á la oración, por la casa de Margarita donde te aguardo en la ventana peinada como te gusta y con el traje azul que me conociste. Si vieras, tengo que contarte tantas cosas. . . . No tardes. . . .

JULIA."

Yo aparté la vista de aquella esquila y no quise entender el terrible sentido de esas palabras. Tenían para mí más veneno que la visión de una horrible pesadilla.

Luego como distraído, la volví á leer, le di uno, dos, tres, muchos besos, ardientes todos como la pasión que sentía y una lágrima que se desprendió de mis ojos vino á completar aquel manólogo mudo y terrible de mi corazón.

En seguida guardé con cariño aquella prenda adorada y no tuve resolución para ir á la cita que me daba la mujer amada.

Entonces corrí al escritorio, saqué papel con intención de contestarle.....pero nada; la pluma vacilaba en mi mano, mi cerebro se oscureció y el fantasma de los celos se presentó á mi vista más horrible que el suplicio de Prometeo y tan fatal como la musa trágica de Racine.

Comprendí que en aquella tarde se cerraba para siempre el libro de mi corazón!...

III.

Después de las escenas que acabo de referir, Julia cayó enferma, víctima de una triste y penosa enfermedad del pecho; y de noche, cuando creía conciliarse con Morfeo, cuando creía tener siquiera una hora de felicidad, le daban ciertos accesos de tos seca y violenta que dejaba en su pañuelo blanco y fino, algunas ligeras manchas de sangre.

La muerte es rápida en su obra de destrucción, ha dicho un escritor; y yo agrego: y más cuando encuentra juventud, gentileza y lozanía, no cesa un instante de hincar su diente venenoso hasta no apagar el último aliento de una existencia primaveral; y así el botón que parecía destinado á lucir entre las flores mil que adornan el pensil josefino, pronto se marchitó y besó la tierra, sin haber recibido siquiera las primeras caricias de la brisa gemidora ni los primeros secretos del céfiro enamorado.

Era imposible que un corazón herido en lo más íntimo, lastimado con el recuerdo del ayer venturoso, resistiera á tales sufrimientos.

La rosa se ostenta altiva y orgullosa en el jardín como reina de las flores; si se corta ó se deshoja, se marchita y muere. La magnolia imperial se yergue esbelta y graciosa, elevando su copa al cielo, mientras no la bese el simoun arrasante, ó no la acaricie el cierzo abrumador. Nunca es igual el canto que entona la paloma en jaula de oro, al que suelta el pájaro en la montaña, alegre y retozón como una alborada de mayo.

Así Julia, á los pocos meses estaba tísica. Cuando falta el amor, falta todo. El árbol no vive sin la savia que le da la vida. Ya Julia no era la niña de los ojos negros y decidores, de las mejillas rosadas, de la frente fresca como la primavera de los trópicos, la niña laboriosa que se sentaba á coser al lado de su madre en las tardes de invierno, la que recitaba con tanta gracia las tiernas composiciones de Peza, su poeta favorito, la que se desvivía por el baile, por la música, por las flores, por todo aquello que hace la vida amable y feliz.

Aquella naturaleza tan fogosa y llena de vida en otro tiempo, ya no era más que una sombra, triste pretexto donde residía apenas un soplo de la fuerza vital.

Y aunque estaba muy bien asistida y tenía á su lado los mejores médicos, comprendía bien que la ciencia era impotente para devolverle la vida á un cadáver.

Veamos la última página que escribió en su álbum íntimo y que ha llegado á mis manos por una de esas casualidades grandes de la vida.

Dice así:

“San José, &. Jueves 20

“Hoy he amanecido triste y con ganas de llorar. Las noches que paso son terribles, sin dormir nada y siento que por momentos me llega la muerte. En vano mi madre me consuela y me hace reflexiones; me dice que hay un Dios en el cielo que premia las almas buenas que han sobrellevado con resignación y mansedumbre todos los sufrimientos y amarguras de esta vida. Yo no hago más que bajar la

vista y con voz triste, pero serena, le digo que ya todo se acabó para mí en el mundo.

Ah! qué triste es abandonar la vida cuando apenas se empieza á vivir! Ayer pasó por mi casa el sepulturero y sentí en el alma una aficción muy grande, lo que nunca he sentido. La cara de ese viejo horrible la veo por todas partes.....”

Luego seguía una letra más pequeña y borrosa, como humedecida por las lágrimas, que yo no pude entender.

El último renglón decía solo esto:

“Si mi agonía se prolonga y él no viene, mi único refugio será la eternidad.”

Mientras esta plegaria de amor escribía Julia en su álbum íntimo, mientras esta sentida página se le escapaba de su corazón enfermo, ya próximo á espirar, un amigo de cuyo nombre no quiero acordarme, le acabó de abrir su tumba, diciéndole que yo me iba de San José para una de las Repúblicas vecinas, huyendo de ella porque no me dejaba vivir siguiéndome á todas partes y que en vano yo la despreciaba donde quiera que se me presentaba. Pero no lo culpemos tampoco. El infeliz estaba enamorado de ella.

Esa calumnia tan infame, postró más á la inocente mártir, y poco á poco, como quien deshoja una flor, se fueron desprendiendo de su corazón todas sus ilusiones, todo el bordado de fantasías que había tejido su pensamiento loco en las horas más felices de su vida.

—Pobre paloma! tan joven y ya herida al tender por vez primera su vuelo por las regiones celestes del amor.

Julia aceptó esa su sentencia de muerte y esperaba con resignación la hora fatal. Poco á poco su espíritu fué languideciendo de tal manera, que ya sus ojos no tenían aquella luz brillante, aquel imán irresistible al través de los cuales ví tantas veces el paraíso prometido.

Quince días después supe que Julia quería tomar los hábitos religiosos; pero la vida del claustro no se amoldaba á su naturaleza sensible y delicada. Encerrar una alma impresionable y enferma entre las paredes de un convento, era matarse moralmente para Dios y para los hombres. Dios no acepta un sacrificio que no sea sincero y más cuando lo hacen rival de unos amores.

Un día por la mañana mandó á avisar á la familia la Madre Superiora que Julia seguía muy mal y que en vano todas las hermanas la exhortaban al amor de Dios y á la resignación.

Pero ya era imposible todo esfuerzo; la lucha era desigual; la vida y la muerte se habían retado y tenían que batirse; y la infeliz Julia viendo que su postrer momento había llegado, que ya estaba con un pie en el primer escalón de la eternidad, le dijo á su madre que estaba diario á la orilla de su lecho, que le rezara antes de entregar su alma á Dios.

La buena señora, al ver que la hija de su corazón pronto la abandonaba para siempre, lloró como sólo saben llorar las madres, con ese dolor intenso y agudo que hace pedazos el corazón.

El médico de cabecera aconsejó que la pasaran á su casa, y otro día estaba Julia en su hogar querido, rodeada de su familia y de sus amigas.

—Doctor, mi hija por Dios! le dijo la madre en un arranque de locura; si mi sangre es preciso, yo la doy toda; pero que no se muera.....

—Ya es tarde, señora-contestó el Galeno con un acento de profunda convicción. Mi misión ha terminado; ahora sólo Dios, y señaló hacia arriba con el dedo.

Y en verdad, ya era tarde. Había en la expresión de su semblante algo de la tristeza

infinita de Niobe y no sé qué iris de melancolía en sus ojos ya hundidos, pero que miraban todavía con amor la vida. Luego sus labios murmuraron una palabra que nadie pudo entender. Era talvez el último *adiós* que le daba á la vida.....

Silencio!..... un ángel va á morir. Dios de bondad, recíbela en su seno.....

De pronto se deslizó de sus manos una Virgen de los Dolores que había pedido momentos antes, besó un Corazón de Jesús, su rostro palideció más y más, sus ojos se cerraron y ya sin alientos, dobló su cabeza....y expiró.

Una hora después, la luna besaba con su luz suave y pura el cadáver de la virgen tendido sobre el lecho, mientras su madre se retiraba riéndose de la alcoba. No la culpemos. La infeliz estaba loca.

Julia había dejado de existir.

Aquel día cumplía veinte años.

“Como una flor vino al mundo,
Y como una flor murió”.

IV.

Es imposible pintar aquella noche de luto y de tristeza. “Hay dolores tan inmensamente grandes que no caben en el alma ni puede prestarles forma la imaginación. Son escenas de llanto que se comprenden, pero no se explican! Son como lo infinito, que no tienen límites, y como lo infinito, incomparables!”

Ah! la rosa había doblado su tallo al primer soplo del invierno; el astro había perdido su luz cuando apenas empezaba á destellar.

Nada más triste que una joven que se muere, nada más doloroso que ver una frente blanca y pura como el rocío helada por la mano de la muerte. Pobre criatura! amaste como Julieta y sin embargo no fuiste á juntarte con tu Romeo allá en el cielo.....

Otro día como á las cinco de la tarde salía el cortejo fúnebre de su casa, encabezando de las cintas blancas y soberbias de su ataud, dos amigas íntimas de ella que aun viven; y cuando aquella triste procesión llegó á la mansión del silencio, á la ciudad de los muertos, un joven poeta amigo mío, pronunció una sentida elegía á su memoria. Cuánto se lo agradecí.

Poco tiempo después,—y el que quiera convencerse de esto que vaya al Cementerio,—apareció en la lápida de su tumba en letras pequeñas y doradas el siguiente epitafio:

“Quién creyera en los hombres.”

Pero cubramos mejor con un velo ese cuadro y dejemos que Julia se pierda para siempre en las tinieblas del no ser.....

V.

Ahora vengan todos los que tengan corazón y lloren conmigo los infortunios de una mujer que no tuvo otro delito que amar á un hombre.

Si las lágrimas sirven de algún consuelo, yo he derramado muchas en esta vida.

Si el sufrimiento purifica el alma en el crisol del martirio, Dios mío, tú lo sabes, yo he apurado hasta hasta las heces el cáliz amargo del dolor.

Tuve conocimiento íntimo de la agonía y muerte de Julia, y sin embargo no fuí á verla, á despedirme de ella por la última vez.

Pero no me culpen. Dios ó Satanás me detuvieron.

Y hoy, “solo en el mundo, con el alma anocheada,” llevo una vida triste, apartado de todos,

“Y aunque en medio de los hombres vivo

Por un desierto caminando voy."

Si alguna vez me véis sonreír, no creáis nunca en mi sonrisa. Así sonreía Charlet en el patíbulo en presencia de su verdugo. Y río porque no puedo llorar.

Si á mi frente asoma un rayo de felicidad, tampoco creáis en ella; la felicidad no existe, es ave que canta pero no se sabe dónde.

Ah! la dicha no está en la tierra. Bien lo dijo el poeta. Triste es envejecer tan temprano, sin ilusiones, sin fe, sin un rayo del amor perdido. Nuevo Atlas condenado à llevar sobre mis hombros todo el peso de mis penas y amarguras.

Y es que aquel epitafio, triste como un sollozo de Becquer y mudo como el dolor, está como pidiendo venganza ó perdón ante el tribunal de los cielos!

Ah! qué triste, qué horrible es llevar una tumba en el alma.....

ALBERTO RODRÍGUEZ.

San José.—Costa Rica.

LA SEÑORA de ROSABLANCA.

—:o:—

I.

—Si, amigo mío;—exclamó la señora de Rosablanca, cerrando su abanico violentamente;—desearía que me ocurriera algo extraordinario, algo que rebasara los límites de lo vulgar que me rodea por todas partes. Me fastidia soberanamente esta existencia monótona....En el bosque hay un recodo que veo todos los días, antes de comer, y en el cual hay siempre un caballero, que me saluda de un modo tan cortés como insoportable.....¿Daría cualquier cosa por no ver al caballero, ni pasear por el recodo del bosque! Todos los bailes á que asisto son iguales. Todas las comidas á que me invitan son idénticas, tanto en lo que se refiere á los gestos y conversaciones de los invitados, como en lo que atañe á los platos que componen el *menú*. Nuestros cocineros son como nuestros poetas: les falta imaginación; de lo que resulta que los estómagos más delicados acaban por estar hambrientos de sopa de coles. Tocante al amor, estoy convencida de que en todas partes es lo mismo. Las mujeres que cambian de amantes, se toman un trabajo inútil. No hay otra variedad que la de decir "Enrique," en vez de "Carlos" ó "Avelino." Yo soy amada, puesto que no soy fea.....Pues bien: á todos los que me adoran se les ocurre la idea de ermiarame ramilletes, que unas veces son de rosas ó gardenias y otras de... gardenias ó rosas. Y todos los ramilletes salen de casa de la misma florista y ostentan en su envoltura la misma estampilla de lacre azul. Parece que todas las pasiones que inspiro están sujetas á un régimen inalterable, como el que se usa en los presidios y en los cuarteles...¡Oh! me desespera tanta monotonía....

Hizo la hermosa rubia una pequeña pausa, acortó la distancia que la separaba de su visitante y prosiguió:

—El deseo de salir de este círculo de vulgaridades en que vivo, me hace á veces pensar hasta en el crimen....Producir en la multitud un movimiento de asombro, de estupefacción, es mi sueño dorado, sueño que acaricio muchas noches, mientras finjo escuchar desde mi palco de la Ópera, el duo de *Los Hugonotes* ó el aria final de *Norma*, y mientras que desde todos los ámbitos de la sala, me saludan los hombres y me critican

despiadadamente las mujeres.....Todo esto que digo le parecerá á usted una colección de extravagancias ¿no es verdad? Pues bien: seré todo lo extravagante que usted quiera y le proporcionaré un motivo más para que me aplique ese calificativo. Fijese usted bien en lo que voy á decirle ahora.....Yo que tanto he hecho sufrir á los galanteadores de más fama; yo, que me he mostrado insensible, en muchas ocasiones, á las más ardientes súplicas y á las promesas más halagadoras, no podría negar un sentimiento de gratitud eterna al hombre que, por cualquier rasgo de ingenio, llegara á crear á mi alrededor una atmósfera de curiosidad y me hiciera objeto de la admiración de la muchedumbre.....

—¿Aunque ese hombre fuera yo?—preguntó tímidamente el señor de Cerigne.

—Si ese hombre fuera usted—replicó la señora de Rosablanca—mi agradecimiento sería.....ilimitado.

Y después de pronunciar estas frases, envolvió á su interlocutor en una mirada enloquecedora.

II.

Dos meses más tarde, era objeto de todas las conversaciones el robo cometido en una de las principales joyerías de París; robo atrevidísimo, pero que nada tenía de original.....Un hombre, que rompe con el puño el cristal de un escaparate, que se apodera de la alhaja de más precio, que huye después y que es alcanzado por la policía....Pero había corrido la voz de que el procesado iba á manifestar el motivo que le obligó á cometer el robo, y decíase también que este motivo era una pasión violentísima inspirada por una hermosa dama de la sociedad elegante.

La historia de aquel amor desgraciado, cuyo epílogo iba á ser una condena de los tribunales de justicia, se refería en voz baja y daba lugar á comentarios animadísimos....

El ladrón era un joven tapicero que trabajando en casa de la señora de R...., sintió por esta distinguida señora una de esas pasiones volcánicas que hacen perder la razón, y que son tanto más terribles y avasalladoras, cuanto mayor es la distancia que separa al adorador y á la mujer adorada con delirante frenesí. El primero veíase obligado á ahogar aquel amor ardiente y á contentarse con mirar desde lejos al objeto de sus ansias. Mudo, pálido, temblando de emoción, poseído de abrasadora fiebre, seguía á su ídolo por calles y paseos; y después de algunas horas ó de algunos minutos de felicidad contemplativa, regresaba á su zaquizamí, borracho de sensaciones, sediento de caricias apasionadas....

Cierta noche, en que la señora de R.... iba escoltada como de costumbre, por su humilde adorador, ocurrió una cosa que fué origen del robo cometido por aquel pobre diablo. La hermosísima dama se detuvo ante el escaparate de una joyería y fijando sus ojos en un collar de perlas que llamaba poderosamente la atención de los transeuntes, exclamó, dirigiéndose á una de las amigas que la iban acompañando:

—¿Qué alhaja tan magnífica! Sería feliz si la poseyera.....Pero no puede ser... Cuesta mucho dinero.

El pobre diablo oyó estas frases, dichas con acento de tristeza, y á la idea de apoderarse de la joven le dominó de tal modo, que no comió ni durmió hasta realizarla.

Tal era la historia que se refería en voz baja y que daba lugar á comentarios animadísimos....El vulgar ladronzuelo convirtióse en una especie de héroe y algunos periódicos *ilustrados* publicaron su retrato y su biografía. En realidad no era guapo, ni mucho menos,

pero á la gente le dió por afirmar que tenía cierto parecido con un famoso tenor....En cuanto á la dama por la cual se cometió el robo, no hay que decir que, durante algun tiempo, fué la más admirada, la más envidiada, la más célebre de las mujeres.

El día en que se celebró la vista de la causa, la sociedad elegante invadió la sala de Justicia. Un murmullo de curiosidad resonó en el amplio salón al anunciarse la entrada de la señora de Rosablanca que iba á declarar como testigo. La hermosa rubia, vestida con elegante sencillez, contestó con naturalidad á las preguntas que se le hicieron.

No recordaba haber visto al procesado pero sí las frases pronunciadas por ella ante el escaparate de la joyería....¡Cuánto sentía haberlas dicho! Mas, ¿quién iba á figurarse?...¡Pobre hombre!...Confiaba en que el jurado sería indulgente con aquel infeliz....

Al decir esto fijó en el reo una compasiva mirada y salió de allí con paso reposado, para prolongar todo lo posible las muestras de admiración que le prodigaba el público.

III.

—¿Está usted satisfecha de mi mentira?—preguntó aquella noche el señor de Cerigne, estrechando la mano de la que idolatraba y dejando asomar á sus ojos una humilde petición de recompensa;

—Si;—respondió ella sonriéndose.—No carece usted de ingenio para romper la monotonía de mi vida con farsas de éxito seguro....Pero creo que ha faltado un detalle... un detalle que hubiera dado al proceso mucha más sensación de la que ha tenido.

—Usted dirá—exclamó el impaciente adorador.

—No hubiera estado de más—dijo la señora de Rosablanca con acento tranquilo—que ese infeliz, al cometer el robo, hubiese asesinado al dueño del establecimiento.

CÁTULO MÉNDEZ.

NOCHES DE TEATRO.

CONFESEMOS ingenuamente que nuestro público pasaba las del viejo verde, sin ninguna distracción, sin algo que pudiera alegrar los espíritus tan decaídos, soñando tal vez con la musa retozona del porvenir, apáticos y fríos debido al estancamiento en que hemos vivido; pero hoy afortunadamente despertamos un poco de ese letargo abrumador y nos entregamos con placer á contemplar esas fiestas gloriosas del arte, como ha dicho Cañete—y que nuestros corazones reciban la savia que necesitábamos para proseguir con más calor en nuestras tareas ordinarias de la vida.

Y quien ha sido ese bendito ó mago, ó como quieran llamarlo, que así nos hace gozar con espectáculos que remontan el alma á otras regiones? Pues es el señor Palou á quien ya conocíamos de antemano por los rumores favorables de la prensa caraqueña, habanera y de otras poblaciones.

Y nos dijimos: veremos qué tal es la compañía. Efectivamente, pronto se puso en escena "La Tempestad" obra muy conocida de nosotros, y á decir verdad no correspondió la compañía á las esperanzas que el público tenía cifradas en ella, aunque á fuer de caballeros y cronistas imparciales debemos confesar que las señoras Ruiz y Cuevillas se lucieron de lo lindo haciendo los papeles de Angela y Roberto y á quienes el público colmó con una salva de aplausos en cada salida á la escena.

Nosotros viendo ese Roberto, nos decíamos por lo bajo, quién pudiera ser Angela!

Palou estuvo feliz en el viejo Simón y sólo le aconsejamos se fije un poco más en ciertos

detalles de su importante papel, lo mismo que en el "Anillo de Hierro" de Ermitaño Ramón; pero luego se adivina á primer ojo que es artista de mérito y que se posesiona bien de sus papeles. No podemos exigir mejor un Pascual en "Sueños de Oro." Su voz fuerte y agradable, su apostura varonil y sobre todo las entradas en escena y su declamación, denuncian bien pronto al hombre de teatro.

Aquí se tiene generalmente la creencia de que Abella es de lo mejor que hemos oído; pero seamos francos siquiera una vez: confesemos que Palou, no es Abella, sino Palou y con esto queda dicho todo. Abella ya no es el barítono de antes, según hemos oído decir, su voz ha perdido mucho, pues está afónica y hoy más bien nos atrevemos á creer que es un buen bajo y no un barítono. La voz es como una flor, hay que cultivarla para que no muera.

El tenor señor Rivas tiene buena presencia y su voz es dulce y agradable, pero todavía le falta arte y escuela, más calor en sus ademanes, mas viveza en la expresión, y que tenga á veces si es posible, esos arranques de pasión amorosa, que tanto gustan ó esa indignación de cólera suprema cuando se ve acusado por un crimen que no ha cometido.

Lo mismo notamos en "El Anillo de Hierro." Bien se comprende que el señor Rivas es nuevo en las tablas y por eso lo disculpamos. Con perseverancia y entusiasmo puede llegar á ser gran cosa.

El tenor cómico también lo conocíamos de antemano y no estuvo en la representación de "La Tempestad" como nos lo habíamos figurado, chispeante, vivaz, lleno de gracia y sal; pero después ha confirmado nuestra primera creencia en otras obras que ha desempeñado. Hizo el Tiburón en "El Anillo de Hierro" como pocos hemos visto; si era aquello de chuparse los dedos junto con su simpática compañera la graciosa y monísima Ledia.

Maximino Fernández es otro que bien baila. Vaya un hombre y su gracia. Quien no lo haya visto en "Sueños de Oro" haciendo de Tío Roque y luego de Doctor, no sabe lo que es bueno. Ya lo veremos más adelante.

Dicen que Valentín González es digno compañero de Fernández, si no mejor en algunas obras que pronto se pondrán en escena.

La Sra. Ruiz es astro que ilumina la escena y al rededor del cual giran, como Saturno, sus satélites, con excepción de la Cuevillas que también es estrella en el cielo esplendoroso del arte.

Francamente, hemos oído típles buenas, pero como la Sra. Ruiz pocas.

—No sé por qué desde el primer día arrastra tras de sí esa señora una corriente inmensa de simpatías,—nos dijo un amigo la otra noche en el teatro.

—Pues la respuesta es muy sencilla le contestamos, y es que la Sra. Ruiz es andaluza, de la histórica y poética Sevilla, la tierra clásica de la gracia y las manolas, y además de ser de ese vergel de España, reúne á su belleza singular, un aire distinguido en todos sus gestos y movimientos. No hay nada en ella de exagerado, todo natural como si sintiera realmente lo que está desempeñando.

Y ahora, aunque se nos trate de exagerados, parciales ó inconsecuentes, tenemos que confesar una verdad, y es que la Sra. Amparo Cuevillas es de lo bueno lo mejor. No sé de donde es ella, en qué tierra vió la luz primera, pero suponemos que debe ser española por la gracia y donaire que sabe dar á todos sus movimientos, francesa por la elegancia y apostura con que se presenta á la escena; y de no ser de ninguna de estas dos partes, la Amparo Cuevillas debe ser de mi tierra. ¡Son tan guapas mis paisanas...!

Y perdonen la modestia.

No hemos visto "Las Hijas del Zebedeo", pero nos aseguran que es una pieza de primer orden, saturada de sal y chistes picarescos.

Hubiéramos querido asistir á esa obra, pero circunstancias extrañas de nuestra voluntad nos impidieron ir al teatro esa noche.

Lo que sí francamente nos duele y no perdamos jamás, es no haber visto el "Gorro Frigio" donde la figura culminante de la zarzuelita es un periodista asedrado por todo el mundo,

cuentas aquí, cargos allá, desafíos por un lado, acusaciones por otro.

Ay! siempre que no vemos una obra de estas, nos parece que hemos perdido algo así como una ilusión, como una esperanza que halagara nuestro corazón. Y es que el género español nos subyuga sobremanera apesar de que no desconocemos las bellezas y la sal ática del teatro francés.

Quisiéramos en verdad ver á la señora Cuevillas en una de esas piezas ligeras como Mascota, Bocaccio ú otras donde rebosan el ingenio, los primores del bien decir, ó en una de esas obritas pequeñas y graciosas como el "Lucero del Alba" para oír la cantar con la zandunga de la manola:

Yo nací en un sotillo
De Sierra Morena,
Donde crece el tomillo
Con la yerbabuena.

Olé, salero! acompáñame niña con el pandero. Y es que la Cuevillas posee un secreto que pocas lo tienen, el secreto de la varita mágica de la juventud y de la gracia, como dijo una vez mi amigo Odín de la Carmen Fernández.

Y sin embargo su género no es el bufo, es el serio. Creemos que en la ópera quedaría mejor donde realmente ha trabajado y se luce con su simpática voz de soprano, ó en el género dramático como en "El Gran Galeoto, de Echegaray, Deudas de la Honra, de Núñez de Arce ó la tragedia Talía de Racine.

Pero contentémonos con tenerla en nuestro pequeño Teatro haciendo las delicias del público.

En "Sueños de Oro" representando el papel de gran duquesa, no era la Cuevillas, era Cleopatra con su nave y sus remos de oro al encuentro de Marco Antonio.

Quien no la admire en el último concertante de "La Tempestad" haciendo el papel de Roberto, es porque es pesimista ó no quiere reconocer el mérito.

En fin, la Sra. Cuevillas es artista de primera nota, y su voz es á veces flauta encantada, que gime y llora, suplica y maldice, y otras es el bon jour con que las aves y las flores saludan á la aurora.

Ya seguiremos paso á paso los trabajos de la Compañía y le meteremos escalpelo á Lobos Marinos, Traviata, Jugar con Fuego, Marina y otras.

JUVENAL.

NOTAS.

LA Compañía de zarzuela Pulou se estrenó el jueves 25 del corriente, en presencia de un público escogido y numeroso. La obra puesta en escena fué *La Tempestad*.

La mayor parte de los actores demostraron ser verdaderos artistas hasta en los menores detalles. Sólo el tenor, señor Rivas, estuvo bastante frío, sobre todo en la última escena del tercer acto, que no dejó buena impresión en los espectadores. Por lo que toca al canto, desde luego concedemos el primer lugar á la señora Cuevillas, cuya magnífica voz de contralto, clara, argentina y extensa, es quizá la mejor de su género que hemos oído en nuestro teatro. La tiple, señora Ruiz, el tenor Rivas, el barítono Palou y el tenor cómico, señor Gutiérrez, poseen voces en extremo agradables y bien cultivadas. Los coros estuvieron brillantes.

En una palabra, la compañía ha sido del gusto del público.

TENEMOS especial placer en saludar á la señorita Marcelina González y á su hermano Manuel que hace algunos días se hallan entre nosotros.

Muy conveniente sería cambiar los cielos rasos de manta del teatro y sustituirlos por otros de madera, porque los primeros perjudican grandemente la propagación del sonido, según las leyes más elementales de acústica. "Cantar en este teatro, nos decía en noches pasadas un extranjero, es lo mismo que cantar debajo de una frazada."

EN EL MERCADO.—Un ratero de doce años extrajo un portamonedas del bolsillo de una señora, y al hacerlo, observó que en el fondo del bolsillo quedaba un billete de diez pesos. La señora, que advirtió el hurto, corrió detrás del muchacho pidiéndole el portamonedas; pero el raterillo, con una sangre fría asombrosa comenzó á voces á pedir auxilio, y no bien acudió un agente de policía le dijo señalando á la señora: "Esa mujer me quitó un billete de diez pesos; regístrela y verá." La señora, desconcertada por el descaro del chico, no pudo proferir palabra; el polizonte la obligó á mostrar lo que llevaba en el bolsillo, y en vista del billete, cuerpo del delito para el polizonte, la señora fué conducida á la prevención, mientras que el precoz émulo de Caco se escabullía entre el gentío.

¡Y luego dicen que no estamos adelantados!

—Se vé con frecuencia que los niños enferman y mueren sin que los médicos más hábiles puedan comprender la causa. Esta causa es muy generalmente los besos dados á aquellas inocentes criaturas. Las enfermedades se transmiten muy fácilmente á los niños de este modo; por tanto, las personas encargadas de cuidarlos deben tener mucho esmero y evitar que los besen las personas que á ellos se acercan.

NO HAY nada más pudoroso que los japoneses. En el teatro japonés está prohibida la aparición en la escena de dos personas de distinto sexo á un mismo tiempo. Una escena amorosa se representa allá del modo siguiente: EL (*solo en el escenario*). Pues bien amada Lip-Yy-Fau Pan-Lu, puesto que es forzoso que diga la causa de mis penas; Yo... te amo! (*sale por la puerta de la derecha*). ELLA (*entra por la puerta de la izquierda*).—Yo también, querido Tsen-Kaspi-Té-To-Pecry, te amo! (*se va*).—ÉL (*vuelve á presentarse*). Ah! gracias, gracias. ¿Si te pido alguna cosa me la concedes? Responde francamente. (*desaparece*).—ELLA (*después de estar segura que no hay nadie en el escenario*). Sí, te lo prometo. (*se retira*).—ÉL (*llega hasta junto al consueta*). ¿Me rehusarás una prueba de amor? ¿Un abrazo? ¿Un beso? (*sale corriendo*).—ELLA (*llega hasta una silla, la abraza y deposita en el espaldar un casto beso*).—Aquí lo tienes! aquí lo tienes! (*se escapa*). ÉL (*entrando con precipitación*). Oh! adorada mía! (*abre los brazos y estrecha en ellos... la silla; luego recoge con ansiedad el beso depositado en el espaldar*). La emoción del público llega á su colmo; todos, grande y pequeños, se deshacen en llanto.

Hay muchos puntos de contacto entre nuestra raza indígena y la japonesa, y es tal la semejanza, que nos atrevemos á creer que sean una misma. El elemento indígena entra casi por mitad en la formación de la raza que puebla estas regiones; y hay, por tanto, entre nosotros mucho de ese recato que caracteriza á los japoneses. Sería de descarse que se diera un decreto en que se reglamentaran las representaciones teatrales del mismo modo que en el Japón.